

Emancipación contra natura. La crítica ecológica a la teoría marxiana de la alienación

Joaquín Valdivielso *

Recibido: 20-10-2010

Aceptado: 15-1-2011

Resumen: Las figuras de la emancipación sólo son comprensibles en relación a su negación. Así, en la tradición emancipatoria categorías como la de alienación son claves teóricas. La idea clásica de alienación fue pensada por Marx a un tiempo para referirse a al extrañamiento respecto del hombre y respecto de la naturaleza. En su análisis la emancipación es a la vez la realización de la naturaleza sensible pero a la vez la liberación contra natura. Esto genera dificultades a la hora de pensar en desafíos contemporáneos como la crisis ecológica o el giro naturalista, que han llevado a considerar que la categoría de alienación no sirve para tematizarlos. En el tratamiento de Marx a la categoría de la alienación, no obstante, hay ciertos elementos para una concepción ampliada de necesidad humana que permite, parcialmente, plantearlos. Al hacerlo, no obstante, se hace visibles también ciertas preconcepciones productivistas.

Palabras clave: emancipación, alienación, naturaleza humana, materialismo, productivismo

Abstract: Figures of emancipation are understandable only in relation to its negation. Thus, in the emancipatory tradition categories such as alienation are theoretical nutshells. The classical idea of alienation was thought by Marx at once to refer to the estrangement of man from and from nature. In its analysis, the emancipation is at once the embodiment of the sensitive nature but also the liberation from nature. This creates difficulties in thinking about contemporary challenges such as environmental crisis or the naturalistic turn, that led to the conclusion that the category of alienation does not fit to pose them. In Marx's the treatment of the category of alienation, however, there are certain elements for an expanded conception of human need that allows, in part, to raise them. In doing so, hidden productivist key assumptions come into light.

Keywords: emancipation, alienation, human nature, materialism, productivism

Las figuras de la emancipación sólo son comprensibles en relación dialéctica a su anverso. El hecho o el proceso de emanciparse tienen lugar para una situación o relación que se niega: sumisión, sujeción, dominación, sometimiento, opresión, subordinación, discriminación, etc. En la tradición socialista la emancipación ha sido pensada en particular hacia dos formas particulares de negación: la alienación y la explotación, categorías señeras de la crítica de las relaciones sociales burguesas que, no obstante, ha presentado otras articulaciones en el seno de esta tradición. El objeto de este trabajo es situar la problemática que subyace a una de esas categorías —la de alienación— desde el punto de vista de una de las críticas contemporáneas a las

* Universitat de les Illes Balears, jvaldivielso@uib.es

sociedades modernas, el de la ecología política. Dado que estas sociedades, al menos en parte, pueden ser descritas aún con el prisma de la teoría social crítica de las relaciones sociales burguesas, tiene sentido preguntarse hasta qué punto el ideal socialista de emancipación, y su negación como alienación, son útiles para un análisis del mundo moderno en su forma contemporánea. Hay que tener en cuenta, en todo caso, que el ideal de la emancipación no es central en la teoría de la ecología política. Aunque sí es explícitamente utilizado en su versión ecosocialista, y aunque sin duda también puede defenderse que en muchos casos el horizonte normativo de la ecología política se sostiene sobre aspiraciones que de algún modo se retrotraen al ideal ilustrado de emancipación, no ha tenido una formulación en tanto que valor central. El núcleo valorativo viene ocupado, por el contrario, por nociones como la de protección, conservación, autocontención, y, recientemente con tanta fuerza como aquellos, justicia o democracia. En cualquier caso, la aspiración última es más bien algo así como un «dejar ser» a la naturaleza en alguna de sus expresiones. Correlativamente, como es de esperar, en la tradición emancipatoria esta aspiración no ha sido tomada en serio.

Si la categoría de alienación tiene centralidad en la tradición socialista esto es debido sin duda al influjo descomunal que representa la obra de Marx en esta tradición —aunque la idea de alienación, como comentaremos enseguida, se remonta a Hegel. Al respecto, llaman la atención los esfuerzos que se vienen realizando ya desde hace décadas para compatibilizar o visibilizar la compatibilidad entre el pensamiento marxiano y la ecología política. La reivindicación y recuperación del Marx concienciado ecológicamente recorre una larga lista de autores que, de una forma u otra, han señalado «algunos atisbos político-ecológicos de Marx»¹ o han reivindicado el potencial ecológico de la concepción marxiana de la naturaleza.² Otros, además, han replicado con dureza a la crítica ecológica que denuncia que la concepción de la emancipación en Marx era productivista o prometeica, y han reivindicado un socialismo que podría denominarse «sostenible», que se seguiría sin tensiones del materialismo dialéctico y naturalista de Marx, sensible ecológicamente, y a la vez en la vanguardia de la ciencia natural en su disputa con el vitalismo teleológico cristiano de su época. Una de las claves de esta sintonía radicaría en la idea de que la alienación respecto al trabajo es también «la alienación respecto a la naturaleza»,³ o, lo que es lo mismo, que la emancipación reconcilia al hombre con su *ser creador* en libertad y a la vez con su *ser natural*. En las siguientes líneas se plantea la crítica ecológica al concepto marxiano de

¹ M. Sacristán, *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria, Barcelona, 1987, p. 39.

² E. Leff, *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Siglo XXI, México, 1994, p. 124.

³ J. B. Foster, *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004, p. 15.

alienación, centrada en los *Manuscritos* (1844) y al ideal de emancipación que presupone.⁴

Marx presentaba al hombre como un «ser natural *activo*», dotado de fuerzas naturales que buscan afirmarse en «objetos reales, sensibles» en que «puede exteriorizar su vida». Siendo esos objetos, «objetos de su necesidad», independientes de él, «necesita, pues, una naturaleza fuera de sí»: «como ser natural, corpóreo, sensible, objetivo, es, como el animal y la planta, un ser paciente, condicionado y limitado».⁵ El reconocimiento de la determinación animal, *natural*, del hombre, pues, es explícito. Ahora bien, es un ser activo, práctico, que se afirma en la creación de sus medios de vida. En eso es *humano*, y deja de ser, de algún modo, natural.

En general, la categoría de «alienación», en el uso particular que le da Marx, sirve a la impugnación o denuncia de fuerzas o poderes sociales extraños al ser activo que es el hombre, al autor, al productor. La alienación se aplica, pues, a la negación de un sujeto social por un *otro* social. Es decir, la naturaleza no aliena, es la sociedad. Este poder social ajeno aliena por igual la dimensión creadora y la natural del hombre, que queda a un tiempo extrañado en el trabajo y frente a la naturaleza: desposesión en el trabajo y a un tiempo en la satisfacción de sus necesidades e intereses más físicos, materiales, sensibles y afectivos. Digamos que de su naturaleza «interior» —la que Marx llama «sensible», y que denominamos así para diferenciarla del medio natural que le sirve objetos de satisfacción de su sensibilidad, y que podemos denominar naturaleza «exterior». Ahora bien, el conocido análisis de la alienación se despliega sólo respecto al trabajo, no respecto a la naturaleza. Es más, la alienación respecto de su naturaleza sensible es vista como consecuencia de la alienación como ser creador, como productor, que así tiene prioridad causal, lógica. Veamos esto por partes.

Marx distinguió, en su Primer Manuscrito, cuatro formas distintas de alienación, extrañamiento o desrealización: 1) «del producto de su trabajo», 2) «del acto de la producción», 3) «del *ser genérico*» o «actividad vital misma objeto de su voluntad y su conciencia», 4) «del hombre respecto del hombre».

a) Las dos primeras acepciones —producto/acto— tienen que ver sin duda con

⁴ Seguiremos la edición castellana *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza, Madrid, 1997. Presupongo en este trabajo que en general Marx sigue comprometido con su análisis de la alienación durante toda su obra, que el concepto sigue siendo fundamental en los *Grundrisse* — véase el inicio del Capítulo sobre el capital—, que, no hay que olvidarlo, es la hoja de ruta del pensamiento del Marx maduro, desarrollado sólo parcialmente antes de su muerte; y en el *Capital*, particularmente en el análisis del fetichismo de la mercancía y en el ideal de la emancipación como «hombre total». Me resulta incomprensible como ciertos marxismos siguen aún hoy día haciendo abstracción de estos presupuestos normativos en los estudios marxianos. Para un mapa de la idea en Marx, D. McLellan, *The Thought of Karl Marx*, The MacMillan Press, London, 1980, pp. 117-133.

⁵ Idem, p. 194.

la alienación respecto del trabajo. Sin embargo, la alienación en el trabajo es un tiempo alienación respecto de la naturaleza interior del hombre, de su naturaleza sensible: recordemos que el hombre necesita de una «naturaleza exterior sensible» en que satisfacer su objetividad como ser natural.⁶

- b) Las dos últimas acepciones —ser genérico/hombre— son más generales, aunque parecen referirse a formas de actividad explícitamente «no naturales» sino históricas, ya que el hombre «no es sólo ser natural, sino ser natural *humano*, es decir, un ser que es para sí, que por ello es *ser genérico*, que en cuanto tal tiene que afirmarse y confirmarse tanto en su ser como en su saber».⁷ La tercera forma de alineación se aplica a la relación del hombre «consigo mismo como un ser *universal* y por eso libre», la cuarta en la relación con «*otro*», con otro ser libre. Ambas sólo tendrían sentido para con un sujeto, una voluntad, en tanto actividad autodeterminada en relaciones sociales. La alienación sería la negación de la potencia autónoma de la actividad humana y del carácter universal de la libertad. En este caso, la alienación es una negación de la libertad y la universalidad.

Es decir, el ser humano es natural en la medida en que es sensible y precisa de objetos de su necesidad; y el ser natural es humano en la medida en que trasciende su naturalidad, en tanto se despega de ella. Esta es una idea de Hegel que el joven Marx asume explícitamente en el Tercer Manuscrito. La vida del espíritu, según Hegel —y de acuerdo a la lectura que hace Marx— sólo es posible como consecuencia de la enajenación; es decir, el hombre es autoconciencia, y no simple naturaleza ciega, en la medida en que se apodera del producto de su esencia objetiva. La enajenación va de la mano, pues, de la presencia de la «coseidad», la autoconciencia enajenada, la aprehensión para sí misma de la *exterioridad* objetiva, «es decir, no perteneciendo a su ser y dominándolo», la aprehensión de aquello que niega la conciencia, del objeto frente al cual se define. La enajenación, el extrañamiento, es, pues, constitutivo del ser hombre; y no tiene ninguna connotación sociopolítica. Para Marx «no

⁶ Idem: «El *hombre* es inmediatamente *ser natural*. Como ser natural, y como ser natural vivo, está, de una parte, dotado de *fuerzas naturales*, de *fuerzas vitales*, es un ser *activo*; estas fuerzas existen en él como talentos y capacidades, como *impulsos*; de otra parte, como ser natural, corpóreo, sensible, objetivo, es, como el animal y la planta, un ser *paciente*, condicionado y limitado; esto es, los *objetos* de sus impulsos existen fuera de él, en cuanto *objetos* independientes de él, pero estos objetos son *objetos* de su *necesidad*, indispensables y esenciales para el ejercicio y afirmación de sus fuerzas esenciales.»

⁷ Idem, pp. 105-116.

hay nada de misterioso» en ello.⁸ Esto tiene lugar como parte de un proceso natural de apropiación de un objeto natural.

La afirmación sobre la exterioridad es una afirmación de su condición natural, en el sentido de que es su necesidad en tanto que ser «natural y objetivo», al que la naturaleza ya afirma en sus objetos. La propia naturaleza del hombre —«el hombre es la *naturaleza humana*»—, las fuerzas naturales que el hombre encarna, impulsan su actividad, no hay un momento de autodeterminación, de «actividad pura», libre de la cadena natural de causas. A saber, la naturaleza interior sensible impulsa el proceso de alienación, que es abolido en la afirmación de la conciencia. La idea de creación, de potencia libre del hombre, no es la de una voluntad trascendente, sino la de la capacidad de «afirmar» un «ser independiente, real» por parte de una conciencia que se afirma sólo de este modo. La afirmación o confirmación de la esencia de la pura actividad sólo se completa cuando la coseidad es superada; es decir, cuando aquello «otro», aquello que aparece como pura negatividad respecto de la conciencia, es aprehendido en cada una de sus determinaciones como un sí mismo. La conciencia surge así, a través del extrañamiento, como «*retorno del objeto al sí mismo*»; se afirma en la negación de su negación. Marx insiste aquí en que esta concepción, «el naturalismo realizado», es la única «capaz de comprender el acto de la historia universal», unificando el idealismo y el materialismo.

Ahora bien, Marx denuncia que esta concepción de enajenación, como la piensa Hegel, es excesivamente idealista. Para Marx, claro está, se trata de la autoconciencia del hombre, mientras que para Hegel se trata del espíritu como trascendencia, es decir, Dios. El espíritu, para Hegel, «afirma» una abstracción, el ser otro es una «apariencia» frente a la conciencia. Para Marx, como hemos visto, precisa de objetos de la necesidad, sensibles e indispensables, de una naturaleza que no sea simple abstracción sino naturaleza sensible. Esto supone un giro materialista: la autorrealización precisa no de la aprehensión abstracta de la exterioridad sino de la aprehensión «*real*» de los medios de satisfacción de la naturaleza sensible del hombre. Y a la vez, supone un giro, digamos, *poiético*: el hombre se produce a sí mismo a través de su trabajo, cuyo desarrollo define la historia universal. La conciencia se afirma al hacer suyo, prácticamente, el mundo exterior. Esto significa que la praxis afirmadora humaniza la naturaleza exterior, que deja de ser en algún sentido «natural» para pasar a ser «producida». Así, nos encontramos con una primera dificultad: conciliar (i) la existencia de una naturaleza exterior, fuera de sí, objeto de la sensibilidad, con (ii) una naturaleza humanizada.

Como es sabido, la propiedad privada es el gran obstáculo a una autoproducción del sujeto libre, a la *poiésis* afirmadora. La propiedad privada implica una «desrealización», impide «la apropiación *sensible* por y para el hombre de la esencia y de la vida humanas, de las obras humanas». Al ser

⁸ Idem, p. 194.

sometido a una forma de producción que no es libremente elegida, su esencia creadora, su potencia de actividad pura, se le vuelve en su contra como una fuerza negadora, el producto determinado de forma heterónoma, la mercancía, y el proceso de su producción. La idea de aprehensión sensible, en todo caso, es compleja. Marx señala en algún caso que no se trata sólo del «goce inmediato, exclusivo, en el sentido de *posesión*, de *tener*», sino de que el «hombre total» —realizado, emancipado— se apropie del objeto en una constelación de «relaciones *humanas* con el mundo (ver, oír, oler, gustar, sentir, pensar, observar, percibir, desear, actuar, amar)».⁹ A saber, la apropiación de la realidad humana, su afirmación, es «tan polifacética como múltiples son las determinaciones y las actividades esenciales del hombre». Es más, la reducción unilateral de la idea de propiedad a lo «poseído» o «*utilizado*» es simplemente una «estupidez»; «el sentido del *tener*» ha enajenado todos los sentidos físicos y espirituales. Se puede decir que esta concepción multidimensional de la apropiación permite considerar la desposesión respecto de las cualidades sensibles del medio ambiente como una forma de alienación. La distintas formas de contaminación y de empobrecimiento de la experiencia sensible del medio natural serían alienantes, impedimentos a una realización de la naturaleza humana que no precisa ni de títulos de propiedad ni del usufructo utilitarista de los bienes naturales, sino de la satisfacción polifacética de necesidades sensibles.

Ahora bien, lo que sí precisa, en tanto que apropiación «total», es que el «objeto [sea] para el hombre objeto *humano*», «social». Así, la «humanización de la naturaleza» es condición de la constitución de «sentidos capaces de goces humanos», cuya formación es producto de la historia universal. En definitiva, que «el sentido humano correspondiente a la riqueza plena de la esencia humana y natural» depende de la «objetivación de la esencia humana», la «industria», «actividad extrañada de sí misma». De esta forma, el extrañamiento «del producto de su trabajo» —la primera forma de alienación— se referiría al producto material, objetivado en un bien tangible; y el extrañamiento «del acto de la producción» —la segunda forma de alienación— se referiría al proceso de manipulación y transformación de la materia bruta en producto social, es decir, al trabajo social o industrial.¹⁰

Este matiz implica un estrechamiento considerable de la perspectiva multidimensional o polifacética. Y así da juego a las interpretaciones productivistas de la concepción marxiana de alienación. El concepto de trabajo/industria que le subyace se orienta a transformar y dominar lo existente, a dominar la realidad y superarla hacia un fin dado libremente por el hombre a sí mismo en la manipulación de la materia, a «negar la materia

⁹ Idem, p. 147.

¹⁰ Si se considera, como yo haría, que la teoría de la explotación es un desarrollo de esta primera forma de alienación, esto también valdría para la crítica del intercambio inequitativo de valores y para el análisis del fetichismo de la mercancía: son ilícitos en tanto impiden la apropiación «total» y la constitución del «hombre total».

inorgánica y transformarla con vista a sus propios fines».¹¹ Así, el sujeto es causa y efecto de la transformación sustancial del mundo sensible, autor de su medio de vida y de sí mismo; y, por lo tanto, supone que en la afirmación de esa su esencia libre y activa, la que le produce como sujeto, también hay que superar la necesidad ciega de la naturaleza. La emancipación se logra contra la naturaleza en tanto que necesidad. Marx distingue, además, al respecto, entre la «forma grosera de necesidad práctica», propia de los sentidos presocializados, «actividad animal», de un lado, y la sensibilidad producida, resultado de la conversión de la naturaleza en hombre, de otro.

Así, *la alienación del hombre es de hecho una (re)naturalización*, actividad animalizada, forma grosera de necesidad. Y, por el contrario, la emancipación pasa por la producción de la necesidad y de la sensibilidad, por su historización, producción, artificialización. De nuevo, nos encontramos con que la emancipación se logra contra natura, contra la necesidad y la sensibilidad determinada naturalmente. Si recapitulamos, veremos cómo se contraponen emancipación y alienación:

La alienación es a un tiempo:

- i. insatisfacción de las necesidades sensibles
- ii. negación de la libertad y la universalidad
- iii. necesidad/sensibilidad no socializada

Y la emancipación es, por su parte:

- i. satisfacción de necesidades sensibles polifacéticas
- ii. apropiación práctica/poiética y universal de la naturaleza exterior
- iii. producción de la necesidad/sensibilidad contra natura

Es evidente que hay contradicciones entre los requisitos de la emancipación, algunos de ellos nos retrotraen a formas alienadas de ser. Por ejemplo, la praxis que produce la naturaleza exterior puede impedir a un tiempo la satisfacción de necesidades sensibles, el mundo artificializado a través de la industria puede impedir —y de hecho impide— la satisfacción de necesidades perceptibles, sensibles, etc. Pensemos en la atrofia a la sensibilidad —en el sentido en que Marx usa el término y al que nos estamos limitando— por la contaminación o los ambientes altamente urbanizados. Es dudoso que esta situación tenga que ver necesariamente con las relaciones sociales burguesas, no hay ninguna razón analítica para que esto no ocurriera también en una sociedad sin clases, máxime si tenemos en cuenta que esa socialización o producción de la naturaleza es una exigencia de la emancipación. Es decir, Marx podría haber supuesto que incluso el trabajo no alienado por poderes sociales extraños a la intención y voluntad del ser activo podría alienar al productor de su naturaleza sensible,

¹¹ A. Gorz, *Historia y enajenación*, FCE, México, 1964, p. 63.

incluso en ausencia de propiedad privada de los medios de producción y del fetichismo de la mercancía y del tener la sensibilidad podría verse atrofiada.

Otra posible contradicción puede darse en relación al ámbito en que la artificialización de la necesidad tiene lugar, o, dicho de otro modo, si es o no universalizable. La producción de la necesidad contra natura por parte de un colectivo puede disparar la estructura de la necesidad hasta hacerla sólo viable a costa incluso de las necesidades más toscas de otros, incluso de las generaciones futuras. Este es el caso de las sociedades consumistas en la medida en que el consumismo de unos se traduce causalmente en infraconsumo de otros. En este caso sí que el análisis de clases ayuda, al menos si definimos las clases en relación a su poder de control y usufructo de los medios de vida —aunque no si las entendemos, al estilo del estructuralismo, en relación a la propiedad del excedente: en una sociedad sin clases no debería haber sobreconsumo por encima del nivel de lo que puede ser universalizable.

Ahora bien, estas contradicciones en verdad no son tal si las pensamos cómo requisitos que se limitan mutuamente, de forma que pudiéramos decir que la emancipación pasa por:

- (i) la satisfacción universal de necesidades sensibles polifacéticas;
- (ii) la apropiación práctica/poiética y universal de la naturaleza exterior en la medida en que no limita la satisfacción de la necesidad/sensibilidad polifacética;
- (iii) la producción de la necesidad/sensibilidad contra natura en la medida en que expande sin atrofiar, también en términos universales, la necesidad/sensibilidad determinada por la naturaleza.

Hay que recordar, además, que, dado que la naturaleza no aliena, sino la sociedad, la necesidad/sensibilidad grosera o tosca no es tal por naturaleza sino por las formas específicas en que necesidades naturales se realizan bajo ciertas relaciones sociales. Esto permitiría «dejar ser» a la naturaleza, tanto exterior como interior, al menos en tanto que sea objeto de la necesidad sensible y, a la vez, precondition de la apropiación práctica/poiética, todo en términos potencialmente universales.¹² Todo aquello que en la naturaleza vaya más allá de estos valores instrumentales antropocéntricos puede, y, estrictamente debe, de acuerdo al ideal hegel-marxiano de emancipación, ser humanizado. Por eso sería visto con sospecha por parte de la ecología política. No obstante, supone mucho más de lo que generalmente se reconoce a la tradición socialista-marxiana en términos de «atisbos ecológicos», sin duda como consecuencia de

¹² Por esta vía se preservaría la «aspiración humanista» crítica marxiana sin caer en la «aspiración prometeica». Véase T. Hayward, «Ecology and Human Emancipation», *Radical Philosophy*, 1992, 62, 3-13, quien usa esta terminología.

su filiación naturalista. Al menos siempre que adoptemos la concepción multidimensional de apropiación.

La cuestión, en verdad, es que una vez que la concepción es estrechada en virtud de una idea histórico-transformativa del trabajo, la alienación respecto de la naturaleza queda subordinada a la alienación respecto del trabajo, de la misma forma en que la naturaleza «objetiva» del hombre es secundaria respecto de su «esencia creadora», lo natural respecto de lo histórico. En consecuencia, el ser libre es disociado de su naturaleza en la medida en que se le aparece como extraña, es decir, en tanto no se reconoce en ella. Su libertad descansa, pues, en reconocerse en ella transformándola, *haciéndola su obra más que su objeto de satisfacción sensible*.

No parece fácil, pues, equiparar las dos dimensiones de la alineación — respecto del trabajo y de la naturaleza—, o cuando menos, no parece fácil utilizar esta categoría en sentido ecológico. La alienación respecto de la naturaleza tendría lugar siempre como consecuencia de la alienación respecto de la esencia creadora, productiva, a través del trabajo, medio privilegiado de apropiación del mundo. Los ecomarxistas suelen ocultar la existencia de esta jerarquía en las formas de apropiación de la realidad, para concluir que la idea de alienación respecto de la naturaleza es simplemente equiparable respecto a la de trabajo. En la filosofía hegel-marxiana eso no parece, a mi juicio, posible, una vez se olvida la multidimensionalidad de la necesidad/sensibilidad.

Los ecomarxistas señalan, por el contrario, que la concepción marxiana sí permite postular la enajenación respecto de «los elementos esenciales de la vida misma» —dice Marx. El hombre es un «ser paciente», que precisa de «medios para su subsistencia física». Al fin y al cabo, «producir es metabolizar la energía física natural en energía útil para el hombre», como dice Jean-Paul Déleage.¹³ La alienación metabólica tendría que ver con la alienación de los medios de satisfacción de parte de las necesidades naturales. Esto no es poco, máxime cuando se refieren a la subsistencia. Sin embargo, esta reducción metabólica de la concepción del ser humano no está tampoco exenta de grandes problemas: equiparar la privación metabólica a la «alienación sistemática respecto a todas las formas de necesidad con una base natural», al «extrañamiento respecto a todo lo que es humano», como defiende Foster,¹⁴ olvida todas aquellas necesidades que el mismo Marx tiene en cuenta en la concepción ampliada de necesidad/sensibilidad, la multifacética. Me temo que el término «metabolismo», que Marx usa, no sea quizás el más adecuado. De hecho, si

¹³ J.-P. Deléage, «Eco-Marxist Critique of Political Economy» en Martin O'Connor (ed.), *Is Capitalism Sustainable? Political Economy and the Politics of Ecology*, Guilford, New York, 1994, p. 43.

¹⁴ Foster, op. cit., p. 383, traiciona el significado que las nociones de trabajo y alienación tienen en la tradición socialista, y reduce peligrosamente el significado de «necesidad». A decir verdad, Foster, intentando superar estas dificultades, distingue de hecho entre un «significado ecológico específico» de alienación y un «significado social general» (p. 244), aunque su distinción, bastante confusa, no acaba de desprenderse de la ontología metabólica en una acepción u otra.

pensamos en términos metabólicos, sólo podríamos referirnos a la enajenación de los materiales y la energía necesarios para una vida propia del hombre como ser natural. Pero no parece de recibo que las necesidades específicas del florecimiento del hombre natural puedan reducirse al intercambio metabólico de energía y materia. Las necesidades más naturales del hombre incluyen no sólo la supervivencia sino también la sociabilidad, compañía, exploración, comunicación, etc. Precisamente los marxistas han destacado en desarrollar sofisticadas teorías de las necesidades, que los ecomarxistas han hecho aún más interesantes.¹⁵ En parte, esto ha sido un intento de hacer operativo el famoso precepto «a cada uno según sus necesidades» que, desde el punto de vista ecológico, obliga a jerarquizar entre distintos tipos de ellas. Ted Benton llega incluso a proponer que, si se desarrolla esta antropología naturalista marxiana desde la idea de necesidad, el marxismo ecológicamente concienciado debería también salvaguardar las condiciones de satisfacción de las necesidades del mundo animal, que incluyen, por supuesto, también requerimientos de socialización, comunicación, afectividad, exploración, etc., al menos para las especies «superiores», mamíferos y aves.¹⁶

Ahora bien, la idea de flujo energético no capta adecuadamente el papel que juega la naturaleza al realizar o bloquear «potencias esenciales» que hacen posible la autorrealización, las «necesidades espirituales», estéticas, cognitivas, comunitarias, etc., en definitiva lo que Marx llamó el «reino de la libertad», pero sobre todo, creo que presupone que son estas necesidades básicas metabólicas las auténticas, reales, las que producen al ser humano como sujeto y especialmente como sujeto político. De esta forma, la identificación entre praxis y poíesis, tan típica del marxismo estructuralista, se sostiene una jerarquía en el sistema de necesidades según la cual las metabólicas son fundamentales respecto a las demás, y son el resorte primero de su expresión en la constitución de sujetos políticos.

Por otro lado, presupone también que las metabólicas son necesidades que no pueden ser producidas, artificializadas, sino que están determinadas y que, por tanto, el hombre siempre está sujeto a ellas —ya que no pueden ser producto de su libertad, y que no pueden ser trascendidas. De forma que el hombre se encuentra determinado a producir, desnaturalizando, el medio ambiente —la naturaleza exterior—, y su necesidad/sensibilidad —su naturaleza interior— dentro de los límites de su condición natural sensible y afectiva. Esos límites vienen dados por un núcleo de determinaciones fundamentales-metabólicas: aparten quedan las polifacéticas, que sí son desnaturalizadas, producidas, como condición de la emancipación. Más allá de aquel núcleo de determinaciones fundamentales de la naturaleza interior sensible, la naturaleza ha de ser abolida de acuerdo al imperativo ontológico del

¹⁵ P. Dickens, *Society and Nature. Towards a Green Social Theory*, Harvester Wheatsheaf, Hartfordshire, 1992; J. Hughes, *Ecology and Historical Materialism*, Cambridge U. P., Cambridge, 2000.

¹⁶ T. Benton, *Natural Relations. Ecology, Animal Rights and Social Justice*, Verso, London, 1993.

hombre autor de su mundo en formas prácticas, y no ideales, de aprehensión. No habría, pues, ni una naturaleza exterior autónoma con que satisfacer necesidades como «ver, oír, oler, gustar, sentir, pensar, observar, percibir, desear, actuar, amar», ni estas necesidades vendrían dadas naturalmente más que como intercambio de energía y material —e información genética. La reducción metabólica lleva a esta tensión, favorecida por (i) el olvido de la concepción polifacética de las determinaciones de la naturaleza sensible del hombre —lo que implica una antropología grosera así como una lectura selectiva de Marx que, aunque él mismo favoreciera, no deja de ser una cierta traición a su obra—; y (ii) la identificación entre praxis y poiésis transformativa —el sesgo productivista de Marx y del marxismo y la forma específica en que se traduce en sus concepciones de clase o fuerza productiva, por no hablar de sus pronósticos sobre el futuro del capitalismo y las sociedades de clases.